

Nº 51, Mayo, 1993

EN ESTE NUMERO

*** INTRODUCCION**

Michael Czerny, S.J.

*** CENTRO DE ESTUDIOS Y ACCION SOCIAL**

Cláudio Perani, S.J., Brasil

*** PERSPECTIVAS ACTUALES DE NUESTRA MISION POR LA JUSTICIA**

Peter-Hans Kolvenbach, S.J.

*** RELECTURA DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA**

Noël Barré, S.J., Francia

*** CARTAS**

Alemania, Argentina, Canadá, Estados Unidos de América,
Filipinas, Indonesia, Sri Lanka,

C.P. 6139 — 00195 ROMA — ITALIA
39-6-687 9283 (fax)

INTRODUCCION

Con la preparación de la Congregación General 34 ya bien encaminada, invitamos una vez más a todos los jesuitas y a nuestros colaboradores a reflexionar sobre "el servicio de la fe, del que la promoción de la justicia es una exigencia absoluta." Del pliego **Desafíos de la Misión Hoy a nuestra mínima Compañía** (mayo 1993) tomamos las citas:

Esta misión ha transformado a la Compañía, pues la mayoría de nosotros la hemos hecho nuestra propia misión o estamos tratando de hacerla. Actualmente la promoción de la justicia marca no sólo el apostolado social sino todo ministerio de la Compañía.

Al mismo tiempo hay jesuitas, comunidades y obras que o no han iniciado o no han mantenido su aplicación. No siempre entendimos, o emprendimos, lo que la evangelización integral nos exigía. El diálogo fracasó porque todos contribuyeron, quién más quién menos, consciente o inconscientemente, a la polarización, incluso los que se entregaron con entusiasmo a la promoción de la justicia y tienen el mérito de haberla llevado a cabo.

Después de la aceptación o repulsa, los conflictos y polarizaciones iniciales, la Compañía ha experimentado una considerable *metanoía*. Hay un acuerdo general sobre la "intuición básica" del Decreto 4: buscar la justicia en todo lo que hacemos, aunque a primera vista la dimensión social parezca ausente; emplear la justicia como criterio para valorar lo que hagamos como apostólico o antievangélico. Pero muchos de nosotros no sabemos cómo llevar a cumplimiento en los años 90 esta intuición básica, en las obras existentes o en los proyectos nuevos, y domina una cierta lasitud, a veces un cinismo y una tristeza generalizada porque no sabemos cómo llevar a la práctica este compromiso. No sirve aplicar fórmulas o imitar modelos, aunque buenos ejemplos sí pueden estimular la imaginación. Lo que piden muchos a la próxima Congregación es un compromiso más cabal y una orientación práctica, más que una nueva teoría.

El Centro de Estudios y Acción Social (CEAS) en Salvador, Brasil, es un ejemplo durable que estimula la imaginación. El discurso del Padre General, "**Perspectivas actuales de nuestra misión por la justicia**" insiste en que la fe y la caridad cristianas deben inspirar la lucha por la justicia, sea que compartamos los sufrimientos diarios de los pobres o que nos enfrentemos con la injusticia estructural.

Tal vez como respuesta a la esperanza expresada en el N° 49, que *PJ* se convierta cada vez más en un lugar "*topos*" de cuestionamiento, intercambio y reflexión, nos han llegado cartas muy interesantes, algunas sobre el artículo póstumo de César Jerez sobre la doctrina social de la Iglesia y la teología de la liberación (en *PJ* N° 49) que ha provocado muchas reflexiones, también una relectura hecha por Noël Barré.

Recibiremos con agrado sus reflexiones breves, cuestionamientos y sugerencias, no sólo sobre los artículos ya publicados en *PJ* sino también como respuesta al pliego **Desafíos de la Misión Hoy a nuestra mínima Compañía**. Por favor envíe su carta o fax a *Promotio Justitiae* para que la incluyamos en un próximo número. La dirección y número de fax están en la portada.

Muchas gracias por su interés y participación. Le rogamos se una a nuestra oración para que el Espíritu nos guie en toda la preparación de la próxima Congregación.

CENTRO de ESTUDIOS y ACCION SOCIAL

Cláudio Perani, S.J.

El 4 de octubre de 1992, el Padre General se reunió con los miembros del equipo del *Centro de Estudos e Ação Social* (CEAS) y demás agentes pastorales ligados al apostolado social de la Compañía, en Salvador, Brasil. El P. Cláudio Perani, director, introdujo el CEAS así:

CEAS, como obra social de la Compañía, se ha caracterizado por el deseo de incorporar cada vez más a los laicos en su estilo de actuación y decisión del trabajo.

Nuestro objetivo principal es cumplir lo que llamamos una **labor de base**.

Es decir, una labor político-educativa en ambientes populares, buscando alcanzar a la gente más desatendida, las capas de renta más baja. De esta manera, procuramos acompañar aquí en Salvador a los habitantes de los barrios populares de renta más baja, a obreros, a trabajadores del sector informal y a grupos eclesiales populares. En el campo: a pequeños agricultores, y sobre todo a los campesinos que cultivan café, cacao, caña de azúcar.

La meta que pretendemos alcanzar es fomentar la participación y la toma de iniciativas propias y autónomas por parte de los grupos populares con quienes trabajamos. Así, procuramos contribuir a contradecir nuestra historia de exclusión social y de autoritarismo, donde las élites quieren decidir siempre por el pueblo.

Por ello, invertimos tiempo y recursos en lo que llamamos **trabajo directo** que consiste en acompañar a las poblaciones en los lugares donde viven, a través de visitas a las familias, pequeños encuentros entre vecinos y trabajadores interesados en discutir y repensar sus vidas, en actividades que tienden a un camino colectivo para resolver los problemas, en las reivindicaciones de bienes sociales en favor de las comunidades, etc. En varias ocasiones, hemos participado también en luchas concretas, como la lucha en favor de la vivienda y en favor del respeto de los Derechos Humanos.

Con esto no pretendemos cumplir una labor asistencial, sino profundizar en una experiencia particular que implica otra forma de relación entre la obra social que representamos y el público con quien trabajamos.

A lo largo de estos 24 años de actividad, he aquí algunas pistas que permanecen válidas y que iluminan nuestra actividad:

a) Cultivar una visión procesual del tiempo: con la experiencia de 450 años de historia, enfrentarse a la difícil tarea de creer que de estos tiempos de amargura es posible pasar a otro tiempo favorable. Y esto sin atropellar el ritmo de los pobres, que no es el mismo de las instituciones políticas de mediación.

b) Aprender también juntamente con las personas humildes y pobres, la mejor manera de contribuir en su crecimiento. Esto significa que a la información técnica debe unirse una vivencia del grupo que pretendemos acompañar.

c) No tenemos una propuesta definitiva y precisa de la sociedad, ni tampoco un modelo ya pronto. Estamos convencidos de que sea cual fuera ese proyecto, será válido sólo en la medida en que cuente siempre con la participación crítica y autónoma del pueblo. Tenemos la certidumbre de que no son válidos los proyectos que no mejoren las condiciones de vida de la población y que no integren la participación responsable de la misma.

d) Intentamos estar siempre abiertos a las cuestiones nuevas que van surgiendo, tanto dentro de los grupos en los que trabajamos, como en ámbitos semejantes a los nuestros con quienes estamos en contacto, por ejemplo de cara a los problemas del ambiente, cuestiones que atañen a las mujeres, a la juventud, a los negros, etc.

e) La modestia de nuestros recursos humanos y materiales limita las posibilidades de nuestra intervención social. Por otro lado, nos da un mayor realismo y nos acerca a las condiciones de vida del pueblo.

Estos años de experiencia nos traen también dudas, que nos instan a revisar nuestra labor. Quizás la inquietud más dramática sea la siguiente: en un país donde la pobreza y la miseria son tan grandes y van creciendo, ¿cuál es la palabra de esperanza y de optimismo que se puede pronunciar? A veces acompañar a un grupo de trabajadores quiere decir que no se puede ir mucho más allá de los límites del momento, y comprender también que las salidas no se van a encontrar en el momento presente. En otros momentos puede que haya una claridad mayor acerca de las utopías. Por esto un momento que se revela como pobre debe también ser un momento de reflexión que contribuye a la construcción de nuevos elementos utópicos.

Pero existe siempre el deseo de continuar, de ir adelante.

CEAS

Rua Aristides Novis, 101 (Federação)
40210 Salvador, BA
BRASIL

+ + + + +

PERSPECTIVAS ACTUALES de nuestra MISION por la JUSTICIA

Peter-Hans Kolvenbach, S.J.

Desde siempre me ha impresionado el vigor del compromiso social de la Compañía de Jesús en Salvador y en esta Provincia de Bahía. Me alegra poder ahora encontrarles personalmente a Ustedes, los jesuitas y sus colaboradores, empeñados en cuerpo y alma en la promoción de la justicia en esta sociedad, marcada todavía por la exclusión y la explotación de la gran mayoría del pueblo.

Les agradezco muy sinceramente el haber venido a oírme y a hablarme en esta tarde de domingo, sustraída así al merecido descanso y convivencia familiar, sin hablar de eventuales tareas pastorales junto a los más pequeños y pobres. Deseo agradecerles todavía más la confianza que demuestran en la Compañía de Jesús, viendo en nuestra misión actual y en las obras que la concretizan un cuadro válido para la realización de su propósito de servir a los hombres y contribuir a la liberación del pueblo.

De hecho CEAS¹, FUNDIPESCA², OAF³, la pastoral de menores y otras actividades de promoción humana y movilización popular, llevadas en conjunto por jesuitas y laicos en *Los Alagados*⁴ y otros barrios marginales, ofrecen una amplia gama de excelentes servicios prestados a la causa de la justicia. En medio de dificultades de todo tipo, Ustedes siguen luchando en estos variados frentes con la lucidez, la esperanza y el espíritu de gratuidad que nos aporta el mensaje evangélico.

Sin desconocer la importancia de las otras obras, deseo hacer una mención especial, por su carácter más universal, a la actuación del CEAS a lo largo de veinticinco años. Por medio de sus proyectos de apoyo y asesoría a las organizaciones populares, su labor de investigación, sus publicaciones, especialmente los *Cadernos do CEAS*, el Centro ha logrado el respeto y reconocimiento de cuantos se interesan por el cambio de las estructuras sociales, tanto en los medios académicos como en los populares. Esta íntima relación, tan recomendada por mi antecesor, el inolvidable P.

¹ *Centro de Estudos e Ação Social*.

² Es una institución destinada a la promoción social de pescadores y agricultores de Bahía.

³ *Organização de Auxílio Fraternal* es una institución destinada a la educación de menores abandonados.

⁴ Es un barrio pobre de Salvador (Bahía), aquí hay una parroquia y diversas obras sociales de la Compañía.

Arrupe, entre reflexión científica e inserción en el medio popular, entre el servicio directo de los pobres y la generalización y divulgación de los análisis fundados en estas experiencias, es lo que constituye, así lo creo, la originalidad y fuerza del CEAS. Este afán legítimo de responder a los problemas emergentes y tomar posición ante los conflictos sociales implica, sin duda, el riesgo de formular análisis y juicios discutibles. Pero mucho más importante es el mérito del Centro en la defensa animosa de los derechos de los oprimidos y olvidados.

Por motivos de orden práctico, antes de hacerles mis preguntas sobre los desafíos de la realidad social en esta región y las respuestas que procuran dar a ellos con su reflexión y su acción, me gustaría compartir con Ustedes algunos breves pensamientos sobre las perspectivas actuales de la misión de la Compañía de Jesús en el servicio de la fe y la promoción de la justicia.

Todos somos conscientes de los cambios ocurridos en el escenario mundial y, particularmente, en América Latina en los últimos años. El fracaso del socialismo real en Europa del Este y los límites evidentes de los proyectos revolucionarios que se intentó implantar en el continente latinoamericano han desacreditado en los medios políticos y académicos, y aun en la opinión pública, las propuestas de transformar la realidad actual en función de las exigencias de la justicia social. Por otra parte, sigue creciendo la distancia entre los más ricos y los más pobres, tanto en Brasil como a nivel mundial, no obstante los programas de las agencias internacionales para el desarrollo y los esfuerzos de la Iglesia y de las personas de buena voluntad por una distribución más justa de bienes y oportunidades.

Este cuadro nos invita a revisar los presupuestos, las estrategias, el modo de conducir nuestra lucha de liberación a lo largo de tantos años. Es la tarea a que recientemente se ha dedicado un grupo de jesuitas y otros expertos en ciencias sociales en el **Seminario Internacional "César Jerez"** en Zipaquirá, Colombia (julio 1992). En esta autocrítica no pretendemos renunciar ni a los valores ni a los objetivos que han orientado nuestra acción: la dignidad de cada persona, las exigencias éticas de la actividad política y económica, la igualdad fundamental de derechos y oportunidades, la solidaridad con los más débiles, la paz como fruto de la justicia. No hay que ceder a las presiones del neoliberalismo.

Pero quizás nuestro análisis de los sistemas será menos polarizado en oposiciones maniqueas, las soluciones más graduales, más respetuosas de la cultura, de las prioridades reales y de las iniciativas del mismo pueblo, más integradoras de las dimensiones económica, política, ética y religiosa. En la situación actual, parece todavía prematuro trazar alternativas globales a la realidad inaceptable en que vivimos. Todo indica que los nuevos modelos que buscamos serán construidos desde abajo a partir de experiencias concretas y eficaces de participación comunitaria, de capacitación técnica y educación humanizante, de producción competitiva y distribución solidaria. Ustedes y, en particular, el equipo de CEAS tienen seguramente una contribución importante que dar en esta elaboración

de nuevos paradigmas para la sociedad brasileña, con tal que busquen una verdad más plena, la verdad que libera y construye porque tiene en cuenta la ciencia, las aspiraciones de las inmensas mayorías populares y el Evangelio.

Entre los colaboradores de las obras sociales de la Compañía hay quizás quienes no comparten nuestra fe en Jesucristo y en el destino trascendente del hombre. Ellos pueden asociarse a nuestra misión en la medida que afirmen los valores fundamentales que la orientan. Pero eso no nos dispensa de explicitar la inspiración que anima nuestro compromiso por la justicia y por los pobres, que determina las actitudes con que lo asumimos, que revela el sentido final de nuestros esfuerzos y esperanzas. La fuente inspiradora de nuestro empeño es el amor que exige el mandamiento nuevo de Cristo. Eso significa, ante todo, que hay que amar como Dios ama. Dios nos ha amado primero, gratuitamente, no porque nosotros fuéramos interesantes para El, sino cuando éramos pecadores. Trabajar por los pobres o en un medio pobre, ser solidarios con los marginados, no es jamás humanamente gratificante.⁵ Quizás es más bien desesperante, no porque ellos no tengan mucho que dar y que enseñar a quienes provienen de otros medios sociales, sino a causa de los múltiples obstáculos con que el conjunto de la sociedad entraba el éxito humano de este trabajo.

Nosotros estamos hechos de tal modo que, sin la conversión de nuestro corazón por el ágape de Dios, su amor gratuito, aun una opción por los pobres puede ser en el fondo una empresa egoísta, la instrumentalización de la miseria del otro para fines de promoción personal, o para el interés de grupos políticos e ideológicos. Es Pablo quien, en un himno bien conocido de su carta a la comunidad de Corinto, declara vana la más generosa filantropía si no va a buscar sin cesar su origen en el ágape divino.

El mandamiento nuevo dice también que hay que dar el propio ser, la propia persona. Mientras damos apenas nuestras cosas, nuestras ideas, nuestra capacidad de organización, nuestras realizaciones más o menos eficaces, no hemos dado nada. Hay que dar la propia vida, a imagen de Cristo. De ahí la importancia del respeto, la atención e interés por cada uno; del encuentro personal, que, aunque siempre limitado, es, sin embargo, lo único que posee verdadera eficacia transformadora. A pesar de opiniones divergentes, el amor preferencial por los pobres, como expresión del mandamiento nuevo, no dulcifica de ninguna manera la lucha por la justicia. Como la proclamación de la fe es inseparable, desde el comienzo de la Compañía, de la promoción de la justicia, de la misma manera amor y justicia no deben jamás ser disociados. La justicia nos empuja hacia el

⁵ El sentido de esta afirmación es explicado en el texto de la frase que sigue, que quiere explicitar la dificultad y el desafío para un cambio político. Es claro que en nuestro encuentro con los pobres podemos ser humanamente enriquecidos y también fortalecer la esperanza para encontrar caminos concretos de cambios, lo mismo si estos son parciales y limitados. (Cláudio Perani).

campo muy concreto donde falta lo que es debido al hombre para ser hombre, al terreno de las condiciones socioeconómicas y políticas. Pero el solo cambio de estas estructuras no produce la comunión y la paz, si no es inspirado por el amor al otro, si no es acompañado por la gratuidad, la compasión y el perdón, reflejos de la experiencia del amor de Dios que nos hace libres y capaces de amar en el Espíritu de Jesús.

Basten estas consideraciones como expresión de mis convicciones más hondas y de las orientaciones de la Compañía para sus miembros que trabajan en el campo social. Toca ahora a Ustedes manifestar sus preocupaciones y sus esperanzas. Con mucho interés y alegría me dispongo a oírles, seguro de que de este diálogo entre nosotros, jesuitas y laicos, continuado en la convivencia y colaboración de cada día, resultará una visión siempre más lúcida y profunda de la realidad humana, hecha a imagen y semejanza de la comunión trinitaria, y el compromiso creciente, lleno de radicalidad y ternura, por la edificación de esa nueva sociedad.

Salvador
BRASIL

4 de octubre, 1992

RELECTURA de la DOCTRINA SOCIAL de la IGLESIA

Noël Barré, S.J.

Las reflexiones de César Jerez⁶, en una primera lectura, me han impresionado mucho, porque algunas tocan puntos candentes de mi vida de sacerdote obrero francés, militante de un sindicato que, antes de su desconfesionalidad en 1964, se afirmaba en la línea de la Doctrina Social de la Iglesia ("Confederación Francesa de Trabajadores Cristianos", después: "Confederación Francesa Democrática del Trabajo"), y en una Asociación de Educación Popular "Cultura y Libertad", situada en la nebulosa de los movimientos nacidos de la JOC (Juventud Obrera Cristiana), próxima ya a la segunda guerra mundial.

Me duele el acuerdo histórico de la Iglesia con los poderosos, su paternalismo con las gentes del pueblo (obreros, pobres), su lentitud en analizar y denunciar las causas estructurales de la pobreza, su orgullo y presunción que le hacen juzgar desde arriba, en forma muy moralizante y severa, las prácticas de los hombres y de las mujeres que, fuera de ella, se batían por sobrevivir en la dignidad y en la justicia. Yo vibro al instante cuando resuena un grito en el que razonablemente me parece escuchar la voz de los olvidados, de los explotados, de los aplastados, que viven en mi ciudad o en un país del Sur o del Este.

Mi propia lectura de la *Centesimus Annus* encontraba un eco en la de César Jerez, aunque no coincide totalmente. Mis críticas apuntan principalmente a la lectura de los acontecimientos del Este. Me parece demasiado simple considerar al ateísmo como el único responsable del fracaso del "socialismo real", ya que la historia de los pueblos sometidos a este "socialismo real" no puede ser tan totalmente negativa. La Iglesia no es la única fuerza influyente en la revolución que ha derribado al totalitarismo: el camino a recorrer hacia una plena libertad en la justicia será mucho más largo y difícil, sobre todo si el "mercado" invade el espacio que ha quedado libre sin que los movimientos sociales hayan comenzado a forjar nuevas utopías, y a instaurar prácticas no dominadas por solos mercaderes, etc. Aun cuando el Papa Juan Pablo II, en varios pasajes de la misma encíclica, afirma la importancia de la contribución activa de todos, incluidos los pobres — individuos o naciones, cuando interpreta los acontecimientos de 1989 el género de la carta no le permite prestar mucha atención a lo que los hombres han podido promover de positivo, aun bajo ese régimen de "socialismo real". Habría otras muchas cosas que decir, por ejemplo, que el juicio de los regímenes de

⁶ César Jerez, S.J., "Perspectivas de la doctrina social de la Iglesia y de las teologías de la liberación, sobre la comunión de bienes, la socialización y la propiedad privada", *Promotio Justitiae*, N° 49, marzo 1992.

"capitalismo real" podría ser mucho más severo, y que las gentes del Este no han tardado en descubrir lo que significa desocupación, sociedad dual, exclusión.

Quiero añadir que cuando la Iglesia habla de las realidades sociales para criticarlas, debería dar pruebas de su capacidad para reconocer ella misma sus propios errores, faltas y cegueras. Hay demasiados argumentos de que la Iglesia se ha comprometido con los explotadores porque eran ricos, poderosos y se proclamaban cristianos, ¡aun después de que la Doctrina Social haya llamado a respetar el derecho del pobre! He aplaudido, pues, la severidad de César Jerez y me he alegrado de la publicación de ese escrito en *Promotio Justitiae*.

Muchos interrogantes, sin embargo, bullían en mi cabeza, y lo he releído anotando punto por punto las críticas que César dirige a la Doctrina Social de la Iglesia; he releído por enésima vez los grandes documentos a los que César mismo me remite, algunos de los cuales confirman sus propósitos, otros los debilitan.

Me habría evidentemente agradado comunicarle mis observaciones sobre este tema, para continuar con él un diálogo en dos ocasiones potenciado: en el Encuentro europeo de los jesuitas de la Misión Obrera (en San Cugat, 1983) y durante la Congregación General 33. En todo caso, el diálogo puede y debe continuarse entre aquellos que, como César Jerez, viven y luchan solidarios de los pueblos del Sur, y los que, como yo, están ligados a los pueblos del Norte.

Estoy convencido de que el **eurocentrismo** del modelo de desarrollo, dominante de mucho tiempo acá, es nefasto y debe ser superado. Verdad es que vuelven a encontrarse vestigios de este eurocentrismo en las palabras y prácticas eclesiales, y no sólo en el ámbito del discurso social.

¿No puede decirse otro tanto de las ideologías y de los movimientos nacidos en el corazón del mundo industrial? Como militante obrero, debo, con mi sindicato y compañeros de trabajo, cuidar incesantemente de analizar las realidades económicas y sociales desde un punto de vista más universal. Se acusa a veces a los obreros de los países del Norte y a sus organizaciones de estar en connivencia con los capitalistas que explotan a los pobres del Sur; y es cierto que los sindicatos obreros, queriendo mejorar salarios, condiciones de trabajo y condiciones de vida, no han encontrado siempre la manera de mantenerse solidarios con los trabajadores y los pueblos de todos los continentes. Hay respuestas para eso; yo sé por experiencia cuán arduos *handicaps* hemos de remontar para llegar a una solidaridad verdaderamente universal.

La Iglesia tiene sus propias limitaciones en este campo, pero creo que ella ha favorecido, particularmente desde el Vaticano II, una toma de conciencia, aunque a juicio de algunos, demasiado tardía y tímidamente.

Siempre he reaccionado en contra del **trato desigual dado al capitalismo** (que es mejorable), y **al socialismo** (del que sólo podrá esperarse lo

peor) en el Discurso Social de la Iglesia. El nexa secular (¡pero no tan uniforme como se quiere dar a entender!) de la Iglesia con los Poderes, pesa ciertamente como oneroso *handicap*. Y el análisis de los fracasos, de los límites, y de los crímenes del capitalismo real, ¡está muy lejos de ser suficiente!

Pero me parece que ciertos juicios o recomendaciones de la *Centesimus Annus* son algo más que matices (es César Jerez quien habla de "matiz"), por ejemplo en lo que concierne a los límites de la "economía libre". Los comentarios de los sindicatos obreros más vinculados al marxismo, y algunos comentarios de economistas muestran que sobre este punto Juan Pablo II ha sido escuchado y entendido.

La hegemonía cultural de la Iglesia Católica adopta a veces formas chocantes. El año 1992, el 500º aniversario del "encuentro" de dos mundos, nos ha dado tiempo holgado para refrescar nuestra memoria sobre este punto. Otra forma de hegemonía aparece en el campo del ecumenismo. La Iglesia católica, en algunos de sus representantes, se muestra intransigente.

Reconocemos, sin embargo, que en el proceso de la historia del Discurso Social de la Iglesia se percibe una evolución positiva que desemboca en el reconocimiento de la importancia de todos los agentes sociales, cualesquiera que ellos sean, de que la Iglesia no tiene soluciones definitivas y de que sus lecturas de los acontecimientos son provisionarias.

He aquí algunas citas en apoyo de esta constatación:

"Para aumentar este intercambio, sobre todo en tiempos como los nuestros, en que las cosas cambian tan rápidamente y tanto varían los modos de pensar, la Iglesia necesita de modo muy peculiar la ayuda de aquellos que viven en el mundo... sean o no sean creyentes". *Gaudium et Spes*, N° 44.

"Una misma fe cristiana puede conducir a compromisos diferentes... A las comunidades cristianas, en diálogo con todos los hombres de buena voluntad, toca el discernir las opciones y los compromisos..." Pablo VI (1971).

"No corresponde analizar científicamente las posibles consecuencias de tales cambios (tecnológicos, económicos y políticos) en la convivencia humana. Pero la Iglesia considera deber suyo, recordar siempre la dignidad y los derechos de los hombres del trabajo, denunciando las situaciones en las que se violan dichos derechos, y contribuir a orientar estos cambios para que se realice un auténtico progreso del hombre y de la sociedad." Juan Pablo II, *Laborem Exercens*, 1981, N° 1.

"Esencialmente orientada hacia la acción, esta enseñanza se desarrolla en función de las circunstancias cambiantes de la historia. Tal es la razón de que, con los principios siempre válidos, comporte también juicios contingentes. Lejos de constituir un sistema cerrado, permanece constantemente abierta a los nuevos interrogantes que no cesan de

presentarse. Y necesita la contribución de todos los carismas, experiencias y competencias". Cardenal Ratzinger (1986)

"La Iglesia no tiene modelos para proponer. Los modelos reales y verdaderamente eficaces pueden nacer solamente de las diversas situaciones históricas, gracias al esfuerzo de todos los responsables que afronten los problemas concretos en todos sus aspectos sociales, económicos, políticos y culturales que se relacionan entre sí. Para este objetivo la Iglesia ofrece, como orientación ideal e indispensable la propia doctrina social..." Juan Pablo II, *Centesimus Annus* N° 43.

La misma evolución, contemplada bajo el ángulo específico de la evangelización, desemboca en unas declaraciones de Juan Pablo II sobre el diálogo y la inculturación, en la *Redemptoris Missio*. Desde hace algún tiempo, en mis actividades apostólicas puedo realmente referirme a la doctrina de la Iglesia para reclamar el diálogo en reciprocidad.

El discurso social de la Iglesia lo han presentado a veces como una "**ciencia social católica**", una especie de tercera vía entre capitalismo y socialismo, y sin duda que para algunos siempre existe la tentación de querer reemplazar las utopías sociales por la doctrina social de la Iglesia, en lugar de animar a los cristianos a ser levadura en la masa de los movimientos históricos de las diversas culturas.

Pienso, sin embargo, con algunos teólogos de la Misión Obrera, que este discurso social es, y bastante nítidamente desde Juan Pablo II, una doctrina teológica capaz de fundamentar una antropología que inspire la conducta de los cristianos diversamente comprometidos por la justicia y la paz.

Los pobres, individuos o naciones, son **tratados como apéndices**, como inútiles, por nuestras sociedades que se dicen desarrolladas. La Iglesia, fiel al Evangelio, se ha preocupado siempre de los pobres, pero durante largo tiempo lo ha hecho sólo de manera caritativa, individual y paternalista. Ha tardado mucho en admitir un lenguaje y unas prácticas más colectivas, y en afrontar un análisis político y estructural de la pobreza.

Me parece, no obstante, que la *Centesimus Annus*, aparecida después de otros documentos de la Iglesia, arroja bastante claridad sobre este punto.

Los pobres — individuos o naciones — deben ser agentes de su historia y aportar su contribución activa a la prosperidad común.

"Sobre todo, será necesario abandonar una mentalidad que considera a los pobres — personas o pueblos — como un fardo o como molestos e inoportunos, ávidos de consumir lo que otros han producido. Los pobres exigen el derecho de participar y gozar de los bienes materiales y de hacer fructificar su capacidad de trabajo, creando así un mundo más justo y más próspero para todos. La promoción de los pobres es una gran ocasión para el crecimiento moral, cultural e incluso económico de la humanidad entera". *Centesimus Annus*, N° 28.

Al releer el artículo de César, me he sentido impulsado a plantearme otra cuestión.

Estoy siempre interesado en lo que dice o no dice mi Iglesia, y sin embargo de las encíclicas no espero quizá tanto como parece esperar César Jerez; tal vez porque me encuentro situado en un universo mucho más laicizado, secularizado que el de América Latina. Precisamente la diferencia de situación cultural no siempre facilita nuestra acogida de los discursos procedentes de otras partes.

Mis compañeros de compromiso obrero son en su mayor parte indiferentes, si no hostiles, a la Iglesia (¡menos que hace 30 años!). Muchos hombres y mujeres que luchan por la paz y la justicia tienen una cierta tradición de **ateísmo**, muy digna de respeto, ya que con frecuencia representa un considerable esfuerzo de purificación de la imagen de Dios reflejada por los cristianos; esos ateos nos han rendido un gran servicio. Y yo reprocho a la *Centesimus Annus* su aparente desconocimiento de esos hombres y de esas mujeres de nuestros países del Norte. El trato concedido a la Filosofía de la Ilustración es caricaturesco.

Nuestros obispos, vueltos de su visita *ad limina* en Roma, nos han dicho haber detectado allí cierto inicial interés por nuestras prácticas misioneras que se esfuerzan en respetar la laicidad, mientras que hasta ahora los empeños apostólicos de nuestras iglesias (JOC, sacerdotes-obreros, etc.) eran considerados como actitudes de abandono, por lo que nosotros justamente cargábamos con las consecuencias: falta de vocaciones religiosas y sacerdotales, por ejemplo. Ciertas iglesias de los países del Este se encuentran frente a hombres pasados por el ateísmo o la indiferencia y que no todos se precipitan en los brazos de la Iglesia. Pues bien, esas iglesias parecen interesarse ahora por nuestra experiencia apostólica en la que algunos, no hace mucho tiempo, pretendían descubrir rastros de connivencia con el marxismo acusado de todos los males.

Finalmente, veo que César Jerez desapruueba vigorosamente la doctrina social, y alaba sin reticencias las teologías de la liberación. **Desea que el contenido de estos dos cuerpos de doctrina llegue a coincidir.**

Me habría gustado que hubiera reconocido cómo importantes elementos de las teologías de la liberación han sido ya integrados en la enseñanza social de la Iglesia. Curiosamente, él disocia ciertos textos de la *Sollicitudo Rei Socialis*, *Octogesima Adveniens*, *Laborem Exercens* del cuerpo de la doctrina social de la Iglesia, como si no fuera un cuerpo vivo, siempre en evolución, alimentado con las experiencias y reflexiones de cristianos comprometidos y de hombres de buena voluntad, particularmente de las comunidades cristianas de base de América Latina. Además César nada dice de textos más recientes, como la *Redemptoris Missio*.

Suelo proponer cada año al Centro de Formación Permanente de mi diócesis una relectura de la evolución del discurso social de la Iglesia. Este aparece continuamente renovado, con unas etapas más enriquecedoras que

otras (Vaticano II, los dos Sínodos de los Obispos sobre la promoción de la Justicia y sobre la Evangelización, en 1971 y 1974, justamente antes de la Congregación General 32, que produjo el Decreto 4). Lamento que de todo esto nada diga César, quien habría estado muy dispuesto sin duda ¡a decir más y más!

Terminado de leer el artículo de César, me digo a mí mismo que, decididamente, hay todavía mucho camino por hacer, muchas iniciativas que tomar y riesgos que asumir, para que el Evangelio inspire las conductas de los hombres; y además, que este Evangelio es una fuente inagotable, donde tenemos siempre que abastecernos, ayudándonos para ello de este instrumento imperfecto, inacabado, pero mejorable — ¡por nosotros también! — que es la doctrina social de la Iglesia.

Ciertamente, el poder del dinero y de los que lo poseen es considerable; los poderosos no sueltan fácilmente la presa y encuentran connivencias aun entre aquellos a quienes explotan y dominan. Recientemente hemos visto a filipinos aclamar a la Sra Marcos, ¡a pesar de haberles saqueado! Hay, pues, que llevar a cabo una gran labor de formación — concientización y acción — en todos los sectores de la sociedad y de la Iglesia. Para que un *jocista* de 20 años saque de la *Centesimus Annus* una inspiración, hay que multiplicar esfuerzos, respetar mediaciones, poner en juego pedagogías. Es un interrogante que debería plantearse a todas las instancias de la Compañía: ¿Qué hacemos nosotros para que los jóvenes del mundo obrero y popular beban en esta fuente que es la fe cristiana?

Noël Barré, S.J.
65 rue Paul Ligneul, Appt 51
72000 Le Mans
FRANCIA

Mayo 1992

CARTAS

Hemos leído con interés, aquí en la pequeña comunidad jesuítica de Berlín-Kreuzberg, que *Promotio Justitiae* es "un lugar *topos* de cuestionamiento, intercambio y reflexión". ¡Bienvenido sea! Vincent Mookken da cuenta de la actitud crítica de Shri Pradeep Prabhu. Nos parece que no debiera haberse citado en *Promotio Justitiae*, si no había otras personas, jesuitas o no, que compartieran esa opinión. Nosotros nos consideramos entre estos. Si no queremos adherirnos al mencionado liberalismo, aun adhiriéndonos y tolerando un cierto criticismo "sólo hasta un grado saludable", ¿cuáles son las consecuencias para nosotros? Esto significa que no podemos estar satisfechos de que se nos reconozca un *status* de minoría, en nuestras provincias incluso un *status* de marginales, mientras que la Compañía de Jesús en su conjunto, como cuerpo apostólico representa un papel en la sociedad contrario a nuestro modo de ver las cosas y a nuestras esperanzas.

En el encuentro de Misión Obrera en Lancio en 1986, el Padre General habló de la necesidad de integrar los diferentes servicios de la Compañía, y dijo que la base de esta integración tenía que ser el Decreto 4 de la C.G. 32. Han pasado siete años desde entonces. Nosotros ciertamente no podemos hablar en nombre de toda la Compañía, pero por lo que toca al entorno jesuítico alemán es difícil saber donde y como haya tenido lugar esta integración. Las dos Provincias alemanas iniciaron un proceso de "planificación provincial" y lo abandonaron sin resultados. Nuestra comunidad hubo de luchar para no ser totalmente disuelta. En junio de 1992, los responsables de los siete países más ricos del mundo se reunieron en Munich. En esta rica capital bávara, viven no menos de 150 (!) jesuitas, ¿dónde estaban? ¿cómo entienden su misión apostólica?

Vincent Mookken escribe: "Dar fuerza a los oprimidos es el objetivo principal de todo nuestro compromiso". Suponemos que esta es la intención de la mayor parte de los lectores de *Promotio Justitiae*. Pero esto no es ni la tradición, ni la práctica habitual de la Compañía de Jesús.

En nuestro país, la Compañía jugó su papel más importante, durante la Contra-Reforma. Invitada y financiada por los nobles católicos, educaron a la juventud para constituir un grupo selecto fiel a la nobleza y a la Iglesia católica, y "misionaron" a los más pobres para volver o mantenerse en el aprisco católico. Fue claramente un proceso "desde arriba". Las raíces de este *modus procedendi* se ahondan en la práctica del mismo San Ignacio.

Es necesario, por tanto, discernir desde el punto de vista actual, lo que debemos considerar el carisma inspirador de San Ignacio para nosotros hoy, y lo que no debemos considerar tal. No sabemos si esto se ha hecho ya en el plano teórico. Pero si hablamos de esto es porque consideramos la continuidad de una práctica "desde arriba", aun en el campo de fe-

justicia. Los jóvenes jesuitas alemanes están mucho más motivados para ser consejeros altamente cualificados de los gobernantes, que para ser partícipes de las luchas, las esperanzas y la humillación de los pobres. Mientras nos dediquemos simplemente a alabar nuestro pasado, caeremos, una y otra vez, en los mismos errores, y la crítica de Shri Pradeep Prabhu seguirá siendo válida.

¿Qué se puede hacer? Hace años sugerimos la conveniencia de que alguien del, así llamado, tercer mundo visitase nuestras Provincias e hiciera una evaluación desde su (mejor: de ellos) punto de vista. Así podríamos contrarrestar un cierto Eurocentrismo. Todavía pensamos que valdría la pena discutir esta propuesta.

Hans Heim, S.J.
c/o Naunynstr. 60
1000 Berlin 36
ALEMANIA

Mayo 1992

+ + + + +

Confío que tus viajes te hayan servido (si fuera posible) para confirmar tu opción y fortificarte en la decisión de trabajar, con tu prodigiosa capacidad, por aquellos que materialmente necesitan de la redescubierta justicia social en un mundo que cada vez más parece diseñado para excluir a las grandes masas de los mínimos beneficios del inmoral capitalismo. A quienes conocemos a nuestros pueblos — y no sólo a los mentores intelectuales — nos consta que la miseria crece.

En la Argentina, mientras gobierno y aliados se llenan la boca con los supuestos beneficios de la supuesta entrada al Primer Mundo (para sólo el jet-set y los grupos económicos concentrados, privatizaciones de empresas públicas mediante) el empobrecimiento ha alcanzado a los sectores medios y la recesión arroja desocupados, subocupados y semicupados a la búsqueda de sucedáneos, con su cohorte de decadencia moral y espiritual. Desde arriba el ejemplo que se da es el del despilfarro, la mediocridad, la exhibición del lujo, que resulta obsceno ante la pobreza en aumento. Para ocultar todo esto el Presidente anuncia supuestos planos sociales (hay elecciones legislativas para el tercer trimestre de este año, y a Menem le interesa reformar la Constitución para poder ser reelecto), que en realidad son simplemente un nuevo diseño de las partidas presupuestarias ya concedidas para destinarlas a emprendimientos que hagan aparecer signos externos de reanimación económica... hasta las elecciones. Pero, estructuralmente, el ajuste sigue y significa menos ingreso popular, menos consumo, menos producción de artículos de primera necesidad, desaparición de la industria liviana, desindustrialización de los sectores de punta que no estén ligados al mercado capitalista central por estar controlados por

empresas trasnacionales de las que las locales sean subsidiarias, etc. El panorama no es halagüeño, pero es así y no decirlo es... pecado.

Como ocurre más o menos en todas partes, hay sectores sociales (yo les digo clases y fracciones de clase, porque soy antiguo) que gozan de privilegios extraordinarios. Pero son sectores cada vez más reducidos, comprimidos, que actúan como gerentes de grandes grupos trasnacionales y festejan alegremente el desguace del monstruo llamado Estado... siempre que **su** Estado les asegure ganancias, prebendas y se prepare para reprimir cualquier cuestionamiento serio. Por ahora tal cuestionamiento no existe, porque hay una atomización de las clases subordinadas, en un "sálvese quien pueda" que ha erosionado la solidaridad social y, por supuesto, las bases éticas de la convivencia. ¡Hasta los obispos argentinos lo han descubierto! Pero se preocupan más de las salas de exhibición de películas pornográficas que de la crítica estructural, y alaban a la iniciativa privada, cual nuevo Moloch.

Todo esto es muy malo, pero creo que aún no hemos tocado fondo. Para entonces es de esperar que gentes de buena voluntad y firme carácter, desde distintos horizontes, busquen una regeneración integral o mejor aún una nueva alternativa de convivencia humana, una nueva (¿o quizá muy vieja?) ética al servicio de los más. Contra las leyes de Murphy pero sin creer en el progreso indefinido, sigo siendo ácido pero optimista; quizá sea un rasgo de locura, pero la prefiero a la complacencia ante la miseria de los otros. Al fin todavía puedo trabajar independientemente — con ingresos cada vez más menguados, por supuesto — y comer todos los días dos veces, lo que es bastante.

Buenos Aires
ARGENTINA

Enero 1993

+ + + + +

Sobre *Promotio*: Valoro mucho el diálogo que, algunas veces, se posibilita en sus páginas; por ejemplo, la respuesta de Agacino, en el número 50, a la aportación de Amaladoss. Me pregunto si no sería útil ofrecer algunos datos más de los que aportan sus ideas, por ejemplo, dirección actual, trabajo, etc. de Daniel María Agacino en Uruguay; con una invitación a cualquiera que desee ponerse en contacto con uno u otro de los autores. Otro ejemplo: aunque yo me puedo imaginar, con bastante probabilidad, las últimas contribuciones desde el Canadá, ¿no valdría la pena indicar el nombre y dirección de la persona o el grupo, especialmente si se trata de una colaboración seglar, de modo que pudiera iniciarse un diálogo provechoso, a través de *Promotio*?

De momento parece que el interés principal está en la presentación de ideas. Me parece bien este objetivo, si es así. Pero me pregunto si valdría la pena decir con claridad el autor y su contexto, de modo que se

pueda promover un diálogo incluso al margen de las propias páginas de *Promotio*.

Jack Costello, S.J.
Regis College
15 St. Mary Street
Toronto, Ontario
CANADA M4Y 2R5

Febrero 1993

+ + + + +

De sus notas introductorias al *PJ* N° 49, deduzco que los diversos textos tienen un carácter retador. Desde mi punto de vista el término que mejor describiría el trabajo de Désigaux es el de "ininteligible". No logro entender lo que pretende transmitir, y por eso no veo la fuerza persuasiva del análisis histórico presentado, un tanto difuso, por cierto. Por ejemplo, ¿en qué sentido, exactamente, debe cambiar la evangelización para reflejar el cambio de la humanidad proveniente de la transformación del trabajo, o cómo todo esto tiene algo que ver con la actividad de los jesuitas de Misión Obrera y las Iglesias locales, que es uno de los temas sobre el que parece versar la conferencia?

El trabajo de César Jerez, por otra parte, sí contiene el desafío prometido. No estoy seguro que pueda mostrarme de acuerdo con su análisis, según el cual, la doctrina social expresada en *Centesimus Annus* "deja a las grandes mayorías de la humanidad sin utopías sociales que sostengan su atribulada esperanza". Tampoco estoy muy convencido de que, desde un punto de vista exegético, la comunidad descrita en los Hechos de los Apóstoles se pueda considerar como una realización del socialismo. Y sin embargo estos dos comentarios afectan al núcleo mismo del artículo. Le quedo agradecido por habernos ofrecido este núcleo.

Michael S. Gallagher, S.J.
Delegado de Apostolado internacional.
1575 Calhoun Street
New Orleans, LA 70118-5173
U. S. A.

Mayo 1992

+ + + + +

Soy un jesuita de la Provincia de New England y, junto con la Hna Mary Southard, CSJ, co-fundador y co-director de SPIRITEARTH, a *Center for the Sacred Universe*. Nuestra finalidad es contemplar y estudiar el Universo/Tierra y compartir nuestra contemplación y estudio con otros.

He sido un lector asiduo de *Promotio Justitiae* a lo largo de los años, y lo consideraré especialmente útil durante los catorce años que trabajé en Jamaica y otros puntos del Caribe. Acabo de leer el número 49, y me ha agradado conocerle a través de él.

Mi esperanza para *Promotio Justitiae* es que empiece a abordar lo que tengo el convencimiento es el tema más básico e importante de nuestro tiempo, a saber, la relación entre la Tierra y sus hombres, una relación que va siendo cada vez más destructiva. En los últimos años me he hecho consciente de que nosotros, los hombres, estamos absolutamente implicados en los procesos naturales de la Tierra, y pensar o actuar de otra manera es vivir en una pura ilusión. Si el agua, el aire o la tierra son tóxicos, nosotros somos tóxicos. Esta es la realidad. No critico a quienes no tienen este convencimiento, puesto que yo mismo era como ellos hace sólo unos pocos años. Pero estoy convencido que la mayor parte de nuestros esfuerzos en favor de la justicia, se mueven dentro de esa ilusión, y son, por consiguiente, de alguna manera deficientes. Cualquier plan o programa que ayuda a los pobres, y perjudica o destruye el medio ambiente en el que viven, puede ser una bendición a corto plazo, pero es una maldición para sus hijos y sus nietos.

Mi interrogante y desafío para *Promotio Justitiae* y sus lectores es: ¿podemos comenzar a considerar nuestra opción preferencial por los pobres, y una opción a favor de la tierra, como una sola opción? Tomando las palabras del ecólogo Thomas Berry, ¿podemos ver que "la comunidad humana y el mundo natural se adentran en el futuro como una sola comunidad integral, y si no, ambos fracasaremos en el camino"?

Me agradecería contribuir a un diálogo sobre este tema fundamental.

John E. Surette, S.J.
Loyola House
300 Newbury Street
Boston, MA 02115-2805
U. S. A.

Diciembre 1992

+ + + + +

Acabo de ver el número 49 de *Promotio Justitiae*. Puedo sugerir que sería bueno buscar alguna ayuda en la presentación. La letra es excesivamente pequeña y sin relieve alguno; no hay recuadros, ni figuras; nada algo atractivo. En esta época de especialistas, realmente necesitamos colaboración. Nadie puede llevar la Buena Nueva solo. Todo el mundo necesita la ayuda de todos. Todos necesitamos la ayuda de los sociólogos. Todos necesitamos la ayuda de los especialistas de los medios de comunicación, etc., etc.

Estoy escribiendo esto para ayudar a mejorar, no para desanimar a nadie. Roma debe ser pionera. Roma debe demostrarnos con hechos lo que quieren decir cuando nos exhortan a tomar conciencia de la importancia de los Medios de comunicación social — como tomar conciencia de la Justicia que brota de la Fe.

John Chambers, S.J.
Culion Sanitarium Chaplaincy
5315 Culion, Palawan
FILIPINAS

Mayo 1992

+ + + + +

Se trata de una reflexión más bien personal, que no quisiera pecar de pedante. He pasado toda mi vida dedicado al apostolado social, en relación con Obispos, religiosos, también jesuitas de esta Asistencia, y seglares de diferentes confesiones. Gracias por su primer número de *Promotio Justitiae*. ¡Magnífico! Después de algunas dudas, me he decidido a mandarle algún comentario tal como Vd pedía.

1. Considero el tema Fe y Justicia como un único impulso, sobre el que debemos reflexionar continuamente. No puede haber una *promotio justitiae* real, si no proviene de un servicio desde la fe, hacia la fe de otros. Si se insiste en exceso en la fe, la justicia resulta "espiritualista" y no es realista, ni humana. Por otra parte si se subraya excesivamente la justicia, la fe fácilmente se asfixia y desaparece. Se podría por tanto reflexionar un poco para ver si el propio título de la comunicación *Promotio Justitiae*, expresa también la fe. El servicio a la fe, en la promoción de la justicia es de tal manera esencial, que debería ser claramente expresado, ya que es la fe precisamente la que *pro-*mueve la justicia.

2. Mi experiencia es que muchos jesuitas "de a pie" quieren vivir esta visión unitaria de Fe y Justicia, unitaria en seguimiento del Señor que trabajó y sirvió siempre en esta perspectiva, y quieren seguir trabajando en y con la fe de sus seguidores y compañeros, ya que la fe viene de El. ¿Cuál es pues esa fe continuamente necesitada de reflexión y clarificación, de modo que nosotros jesuitas vivamos y desarrollemos esta dimensión de nuestra espiritualidad? Buscar al Señor en todas las cosas. Tengo fundada esperanza de que Usted puede hacer progresivamente más claro que la fe **en** la justicia, al tiempo que está llegando a ser el camino normal, en cuanto es posible, de todo jesuita, encierra el misterio de la vida y el trabajo del Señor en todos, incluidos nosotros jesuitas. No cualquier fe genera justicia, ya que una fe desencarnada puede ser injusta al no reconocer y aceptar la fe real y verdadera que trabaja en otros, sea cual sea su confesión religiosa, por ejemplo no enraizada en el Dios vivo que se ha hecho Hombre.

3. Y aquí interviene el carisma jesuítico del discernimiento que tiene en sí mismo una dimensión verdaderamente social. Todo creyente desea profundamente ser confirmado en la fe que vive, aunque esté escondida en cualquier clase de fundamentalismo. Nosotros jesuitas tenemos que discernir esta fe viva, y sólo podemos hacer esto en y con el Espíritu de Jesús de quien proviene esta fe básica en común con la nuestra. Esto es patente en el discernimiento de Jesús en relación con la fe del centurión romano, de la samaritana o de la mujer siro-fenicia, y nos da un sólido fundamento para discernir la misma raíz, el trabajo del Señor en todos los hombres.

4. Yo creo que esto es lo que César Jerez e Ignacio Ellacuría buscaban, lo mismo que otros muchos en Asia, por ejemplo Aloysius Pieris.⁷ Por eso le animo a Usted ahora a suscitar reflexiones profundas en este servicio de la fe a la fe, que es la fuente de acción y servicio en la promoción de la justicia. Es esencialmente un tema de espiritualidad: ¿Cómo actúa el Espíritu y cómo nosotros jesuitas lo aceptamos en Fe y Justicia? No basta el análisis social, que ha de ser iluminado por el discernimiento espiritual-social para que nos aclare sobre los caminos y medios para realizarlo.

5. No puede haber justicia con una fe equivocada, porque esta "justicia" resulta injusta ella misma por no reconocer y discernir los valores humanos reales en las personas, por las cuales y en las cuales está continuamente actuando el Espíritu del Señor. Los valores humanos genuinos, en los que se fundan los derechos humanos, son muy importantes. Todos tenemos una sola vida en la que fe y justicia bien integradas, se fundan en la fuente interna de todo ser humano que salta hasta la vida eterna. Jesús hablaba del Espíritu (Juan 4,13-14; 7,37-39). Naturalmente resulta difícil de explicar esto concretamente en la práctica; es necesario mucho discernimiento personal y comunitario, que podemos hacer relativamente bien en encuentros internacionales, pero mucho más raramente en nuestras comunidades donde los jesuitas vivimos y trabajamos en concreto.

6. El Papa Juan Pablo II nos dice en la *Laborem Exercens*, que la Iglesia quiere marchar decididamente para llegar a ser la Iglesia de los Pobres, donde incluso lo institucional asume esta dirección. Los jesuitas tenemos un problema similar con nuestras instituciones. La causa es que todos somos pecadores. Lo que significa y exige con urgencia que todos los jesuitas tratemos de enraizarnos más profundamente en la fe, en la justicia, o en cualquier hontanar humano que implica fe y justicia. Estas señales nacen de la semilla que el Señor ha plantado en todo ser humano.

7. Me gustan las reflexiones de nuestros profesionales-especialistas, aunque puedan resultar a veces demasiado sofisticadas para ser comprendi-

⁷ Véase por ejemplo: Peter G. Breemen, S.J.: «Spirituality of Liberation» *Review for Religious* 49:6 (1990), pp. 825-36.

das por los jesuitas "de a pie". Por eso este tipo de reflexiones debe ser parte de su intercambio, pero no la mayor parte, sin una ulterior reflexión en la dimensión de la fe. Si esto no se hace, ¿cómo podrán los jesuitas en la educación, en la formación, en la pastoral o en los medios de comunicación leerlo y comprenderlo? Consideran que no es para ellos, y consiguientemente no se aprovechan. ¿Es que no están ellos viviendo de la única fuente que da vida, la fe de la vida de Cristo en cada uno de nosotros? Puede que estén en lo cierto cuando echan de menos un pronunciamiento explícito de la fe en las reflexiones de los especialistas. Jesús vivió la fe y la justicia para nosotros, no solamente para darnos ejemplo, sino para que trabaje dentro de nosotros. Este Espíritu trabaja también en nuestros esfuerzos intelectuales y científicos (Teilhard).

8. Los jesuitas estamos llamados por Jesús para vivir de El, y por eso necesitamos nuestra reflexión y discernimiento en cada obra que emprendemos, así como un discernimiento en común en nuestras comunidades. Parece que esto es cada vez más difícil, en todas partes, puesto que existe el problema de los jesuitas más jóvenes, muy influenciados por la televisión y otras cosas por el estilo que dificultan el discernimiento. Tenemos, consiguientemente, que insistir tanto más en el discernimiento personal y comunitario. Necesitamos profundas reflexiones en estos problemas desde Roma, no simplemente una carta de nuestro gran General, sino de una manera más continua a través de este intercambio.

9. Aquí vivimos y trabajamos junto a mucha gente que vive de su fe asiática: Hindú, Budista, Mahometana, y otros muchos también de religiones originales. Efectivamente, existe una fe como una fuerza interior increada, puesta por nuestro Dios en todo ser humano orientado hacia El. Podemos subrayar todas las diferencias, e imposibilitar así todo diálogo. Pero buscamos y discernimos juntos aquello que realmente poseemos en común con los valores humanos, la fe y la espiritualidad de Asia, tan diferentes de las culturas europeas. También en estas culturas europeas o americanas buscamos raíces comunes, puesto que existe un fuerte impacto de estas culturas también en Asia. De nuevo aquí, comprendo muy bien lo que César Jerez buscaba con tanta razón.

10. Efectivamente, los pobres siempre están con nosotros. Pero, ¿están realmente con nosotros, jesuitas? Necesitamos siempre servirles, sobre todo su preciosa fe, puesto que es suyo el Reino. Ponernos a su lado, es sobre todo compartir su fe. Y si esto no es posible, sobreviene la misión abrumadora de enseñarles y prepararles, sin olvidar de comunicar mutuamente una fe básica común.

Yo, por mi parte, trato de vivir de Mateo 12,18-21 creyendo que el *pábilo humeante* o la *caña cascada* significan fe, siempre humeante y cascada, y sin embargo viva y actuante, particularmente en los pobres. En cierto modo, ellos integran una vida divina de manera que *puedan tener vida y la tengan más abundante*.

Permítame, finalmente, presentar mis excusas por este simple *cri de coeur*.

John Dijkstra, S.J.
Kolese Kanisius
Kotak Pos 3810
Jakarta 10038
INDONESIA

Mayo 1992

+ + + + +

La perspectiva del Editor cuando escribe que "para mí los que escriben y leen *Promotio Justitiae* son copartícipes del discernimiento del llamamiento que Dios hace a su pueblo, a cada uno y a cada comunidad, para contribuir en la historia salvífica y liberadora de hoy", no sólo es verdadera, es también necesaria. Decir a la mayoría lo que es la justicia y cómo debe buscarse, no es una prerrogativa de unos pocos. Es, entre todos los retos de nuestro mundo de hoy, el más comunitario y el más internacional. Sin embargo, el desafío afecta con una especial obligación a los pueblos y las naciones que, desde el comienzo del colonialismo europeo del siglo XV, han sido víctimas de explotación económica, opresión cultural y esclavitud, e incluso genocidio en algunas partes de Amerindia.

La *Octogesima Adveniens* tuvo una fina intuición del modo como debería desarrollarse el Pensamiento Social Cristiano, cuando dijo: "Corresponde a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación específica de su propio país". Y analizando la realidad de la propia situación, se contribuye al análisis de la realidad de todo el planeta, cuyos recursos deben ser compartidos justamente entre todos.

El *cri de coeur* de César Jerez apunta a tres realidades: el compartir, la socialización (Juan XXIII no se atrevió todavía a presentar los aspectos positivos del "socialismo"), y la propiedad privada. En estas tres realidades es necesario que se atienda la palabra que viene del tercer mundo. Sobre el compartir: "Es una nueva sociedad la que hemos de crear... una sociedad rica, con toda la capacidad de producción de nuestros tiempos, y acogedora, con el gozo del compartir que nos legaron los tiempos pretéritos".⁸ Acerca de la socialización: según la *Centesimus Annus*, no son el "socialismo real" ni la "solución marxista" los que fracasaron en 1989, sino la traición a ambos por los crueles regímenes totalitarios, y por tanto ambos sigue siendo posibilidades elegibles para los países en desarrollo. En relación con la propiedad privada: el Pensamiento Social católico está tan ligado a la propiedad privada, porque la única alternativa que considera es la propiedad del estado totalitario, mientras que las sociedades del tercer mundo apuntan a una tercera realidad entre el individuo y el estado, que es la comunidad. La persona debe prevalecer frente al Estado, pero no frente a la comunidad. Es

⁸ Aimé Césaire, *Discourse on Colonialism*.

necesario poner de relieve, en el centro de la escena, la comunidad: la comunidad en el seno de cada nación, y la comunidad entre las naciones.

Paul Caspersz, S.J.
30, Pushpadana Mawatha
Kandy
SRI LANKA

Marzo 1992

+ + + + +

EDITOR: Michael Czerny, S.J.